

17 DE OCTUBRE: EL DIÁLOGO DE PERÓN CON LA MULTITUD

María Sofía Vassallo

Universidad de Buenos Aires | Instituto Universitario Nacional del Arte | Argentina
msofiavas@yahoo.com.ar

Resumen

El 17 de octubre de 1945 ha sido muy trabajado por las ciencias sociales. Sin embargo, muy poco se ha estudiado la peculiar interacción que se produjo allí entre el coronel Perón y la multitud reunida en la Plaza de Mayo. Y es justamente este aspecto el que me propongo abordar aquí desde la perspectiva del análisis del discurso. Esa noche de octubre, aunque Perón es quien tiene la palabra y monopoliza el turno, la multitud también se hace escuchar. El público participa activamente del diálogo (y no solo con intervenciones retrocanalizadoras), interrumpe constantemente el discurso de Perón, con cánticos y gritos. En algunos momentos, lo obligan al propio Perón a pelear por el turno, lo interpelan, le imponen temas. En ese momento crucial de la historia argentina se produce un diálogo entre una voz individual y una voz colectiva, diálogo en el marco del cual se negocian sentidos y se consolida un singular vínculo entre los interlocutores. Lo más significativo del discurso de Perón del 17 de octubre no está en sus enunciados, sino en la interacción misma, en el diálogo con la multitud, en el contacto entre Perón y los trabajadores, básicamente, en la “función fática”. Este análisis se inscribe en mi trabajo de tesis “Peronismo y oralidad. De la voz oficial a la voz clandestina” dirigido por la profesora Elvira N. de Arnoux y realizado en el marco de la Maestría en Análisis del Discurso de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

LA MOVILIZACIÓN POPULAR Y LA PERCEPCIÓN CARNAVALESCA DEL MUNDO

El análisis que expongo aquí se inscribe en mi trabajo de tesis “Peronismo y oralidad. De la voz oficial a la voz clandestina” dirigido por la profesora Elvira N. de Arnoux y realizado en el marco de la Maestría en Análisis del Discurso de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El 9 de octubre de 1945, Juan Domingo Perón fue destituido de los cargos de vicepresidente, secretario de Trabajo y Previsión y ministro de Guerra. En las primeras horas del 13 de octubre fue arrestado en su domicilio y luego trasladado a la prisión de la isla Martín García.

Sebastián Borro, protagonista de las jornadas de octubre y de otros hechos de la historia del peronismo, explica de esta manera las causas del estallido popular del 17:

[...] en uno de los decretos, se determinó el pago de los días festivos patrióticos del país, 25 de mayo, el Día de la Bandera, 12 de octubre, 9 de julio, antes no se pagaba, se iba a trabajar ¡aunque era feriado! Recuerdo que yo iba al taller después del 12 de octubre, después que a Perón lo metieron preso, el patrón me dijo a mí, ‘vayan a cobrarle a Perón el día 12 de octubre’. Fíjense como era la reacción de los patrones ¡querían volver a lo anterior! [...] Y es por eso la reacción del pueblo, porque volvía la oligarquía. Yo trabajaba en ese taller y eran más o menos las diez y media de la mañana del 17 de octubre y veíamos en el taller, que tenía un portón grande... yo era tornero y

trabajaba en un torno y miraba a la calle, y había un movimiento de gente terrible. Ya se presentía que algo podía pasar en el día anterior porque algunos con tiza pintaban en la pared, en los coches (que eran negros), ponían 'queremos a Perón', 'queremos a Perón'. [...] Venían de Barracas, así por las calles, y pasaban y nosotros mirábamos... Y por ahí entra una delegación de cuatro o cinco compañeros de otros lugares y dicen: 'muchachos, hay que ir a buscar a Perón, que Perón está preso, hay que ir a la Plaza de Mayo' [...]. Ya al mediodía estábamos en Plaza de Mayo. Eso venía haciéndose de todos los lugares. Se subían a los techos de los tranvías, camiones, todo lo que venía... y Perón y Perón y Perón. Porque sabían, sabíamos, que eran los mismos que estaban antes, que nunca hicieron nada a favor del pueblo. La misma oligarquía que lo mete preso a Perón para que se terminara" (revista *Apuntes*, número 16, octubre-diciembre, 1997, p. 15).

En general, los historiadores y cronistas del 17 de octubre coinciden en destacar el espíritu festivo, el desparpajo, la actitud irreverente de las multitudes que salieron a la calle a reclamar la libertad de Perón. No pocos señalan el carácter carnavalesco de la manifestación popular (James 1987 en Torres 1995: 110-111, Plotkin 1993 en Torres 1995: 181, Luna 1971: 279).

La movilización popular de octubre del 45 se ajusta a la definición de Bajtín (1979) del carnaval.¹ En el marco de esa marea humana no hay división entre actores y espectadores, todos participan de la acción colectiva, se tornan caducas las reglas que rigen las rutinas de la vida cotidiana, no se respeta ningún tipo de jerarquía y sus protagonistas entran en un "contacto libre y familiar". Al mismo tiempo, lo carnavalesco de la manifestación obrera expone la diferencia con lo que no es carnaval, lo que queda fuera de ese universo (los vecinos que, en el centro de Buenos Aires, contemplan azorados la irrupción del peculiar desfile).

Este espíritu festivo, carnavalesco, que caracterizó las expresiones populares del 17 de octubre determinó prácticas discursivas particulares y rasgos genéricos específicos que se acercan a lo que Bajtín (1979) define como géneros cómico-serios (por ejemplo, algunas de las consignas y los cánticos de las jornadas). Se caracterizan por:

¹ "El carnaval es un espectáculo sin escenario ni división en actores y espectadores. En el carnaval, todos participan, todo el mundo comulga en la acción. El carnaval no se contempla ni tampoco se representa, sino que se vive en él según sus leyes mientras éstas permanecen actuales, es decir, se vive la vida carnavalesca. Esta es una vida desviada de su curso normal, es, en cierta medida, la vida al revés, el mundo al revés (...). Las leyes, prohibiciones y limitaciones que determinan el curso y el orden de la vida normal, o sea, de la vida no carnavalesca, se cancelan durante el carnaval: antes que nada, se suprimen las jerarquías y las formas de miedo, etiqueta, etc., relacionadas con ellas, es decir, se elimina todo lo determinado por la desigualdad jerárquica social y por cualquier otra desigualdad (incluyendo la de edades) de los hombres. Se aniquila toda distancia entre las personas, y empieza a funcionar una específica categoría carnavalesca: el contacto libre y familiar entre la gente. Se trata de un momento muy importante en la percepción carnavalesca del mundo. Los hombres, divididos en la vida cotidiana por las barreras jerárquicas insalvables, entran en contacto libre y familiar en la plaza del carnaval. El carácter especial de la organización de acciones de masas y la libre gesticulación carnavalesca se determinan asimismo por esta categoría del contacto familiar (...). El carnaval une, acerca compromete y conjuga lo sagrado con lo profano, lo alto con lo bajo, lo grande con lo miserable, lo sabio con lo estúpido etc. De ello deriva la cuarta categoría carnavalesca: la profanación, los sacrilegios carnavalescos, todo un sistema de rebajamientos y menguas carnavalescas, las obscenidades relacionadas con la fuerza generadora de la tierra y del cuerpo, las parodias carnavalescas de textos y sentencias, etc." (Bajtín 1979: 172-174).

- 1) una nueva actitud hacia la realidad: “su objeto o, lo cual es aún más importante, su punto de partida para la comprensión, valoración y tratamiento de la realidad, es la actualidad más viva y a menudo directamente cotidiana” (Bajtín 1979: 152). No se da ningún tipo de distanciamiento épico o trágico “sino a nivel de la actualidad, en la zona de contacto inmediato e incluso groseramente familiar con los coetáneos, vivos” (Bajtín 1979: 153).
- 2) “los géneros cómico-serios no se apoyan en la tradición ni se consagran por ella sino que se fundamentan conscientemente en la experiencia (...) y en la libre invención; su actitud hacia la tradición en la mayoría de los casos es profundamente crítica y a veces cínicamente reveladora” (Bajtín 1979: 153).
- 3) “una deliberada heterogeneidad de estilos y de voces que caracterizan todos estos géneros” (Bajtín 1979: 153).

Ángel Perelman, participante activo del 17 de octubre, destaca que entre los diferentes grupos que marchaban hacia la Plaza de Mayo: “se creó un sistema de comunicaciones que no se fundaba en el telégrafo, sino en la noticia que volaba a viva voz de grupo a grupo y que adquirió una perfección insospechable cuando comenzaron a aparecer los camiones cargados de obreros. A medida que cruzábamos en medio de los más diversos grupos de manifestantes, recibíamos y retribuíamos todo género de noticias, de consignas y de aclamaciones” (Perelman 1961: 74-75). Es posible encontrar similitudes entre la función de los cantos de las jornadas de octubre y la de los de la Revolución Rusa, en la que “cantar era la señal para una manifestación. Hacerlo daba a los manifestantes una sensación de propósito y confianza y, quizá lo más importante, levantaba su ánimo frente a la amenaza de represión sangrienta. Los que dirigían los cánticos eran el punto de referencia de la gente en los Días de Febrero. El sonido de la multitud atraía a otros a la calle y por tanto a la ‘revolución’. Al intervenir en los cánticos de los espectadores se convertían en cuestión de minutos en participantes. Las canciones unificaban a los demostrantes, otorgando cohesión y una identidad colectiva a diversos grupos y clases” (Julio Nudler, *La Marcha* 4, 26).

Estas son algunas de las consignas y cantos que poblaron las calles durante las jornadas del 17 y el 18 de octubre: “¡queremos a Perón!”, “los que están con Perón, que se vengán al montón”, “píantate de la esquina oligarca loco/ el pueblo no te quiere y Perón tampoco”, “Perón no es comunista/ Perón no es dictador/ Perón es hijo del pueblo/ y el pueblo está con Perón”, “aunque caiga el chaparrón/ todos, todos con Perón” (cuando amenazaba con llover), “Perón encontró a un hermano/ Hortensio Jota Quijano”, “Perón, Quijano/ y el pueblo soberano”, “con Perón y con Mercante/ la Argentina va adelante”, “Farrell y Perón/ un solo corazón”, “nos quitaron a Perón,/ pa’ robarse la nación”, “para robar al peón/ lo encerraron a Perón”, “como garras de león / son los puños de Perón”, “Perón, Perón, /salvaste a la Nación, / con la Secretaría/ de Trabajo y Previsión”, “aquí están, estos son/ los muchachos de Perón”. Según Perelman, “espontáneamente, y con los elementos que encontraban a mano, los trabajadores, sobre la marcha, improvisaban leyendas, carteles y cartelones de todo género y con las frases más pintorescas, pero que tenían en común un nombre: Perón” (Perelman 1961: 74).

Voy a detenerme brevemente en algunos de estos cantos. En “los que están con Perón, que se vengán al montón” la relación entre “montón” y “montonera” no es solo de cercanía en el plano de los significantes sino también en el de los significados. La evocación a las montoneras federales está presente en el imaginario popular. Por ejemplo, los delegados de la FOTIA llegados a Berisso proclamaban por los altoparlantes: “Co-

mo en los tiempos de Güemes [...] ¡marcharemos con lanzas y tacuaras para pelear por nuestra libertad y por la libertad de nuestro líder!” (Luna 1971: 266). En “¡plantate de la esquina oligarca loco/ el pueblo no te quiere y Perón tampoco” se expresa la ruptura del temor reverencial respecto de quienes habían representado el poder político y el poder económico durante gran parte de la historia argentina. Se usa la construcción apelativa “oligarca loco” (oligarca es un término erudito que, en la Argentina, tiene una fuerte carga peyorativa), precedida por la modalidad imperativa del “¡plantate!”, término del lunfardo (que, por aquellas épocas escandalizaba a la alta burguesía). De esta manera, se lo expulsa del espacio urbano del que hasta, ese momento, había sido indiscutible dueño y señor. “Perón no es comunista/ Perón no es dictador/ Perón es hijo del pueblo/ y el pueblo está con Perón” constituye un enunciado altamente polifónico que responde a algunas de las críticas de la oposición (aludidas mediante la doble negación polifónica) con la melodía de una canción popular, “La mar estaba serena”, propia de los paseos y las excursiones en grupo. El término “muchachos” con el que la multitud se autoidentifica en “aquí están, estos son/ los muchachos de Perón”, además de aludir a la gran proporción de jóvenes peronistas, responde al apelativo peyorativo (“muchachones”) con el que eran nominados por la prensa opositora.

Según Arturo Jauretche los peronistas nacieron a la vida pública cantando en masa, algo ajeno a la tradición tímida, individualista, retenida de los criollos (citado por Mario Wainfeld en *La Marcha* 1, 29). Este canto colectivo en el marco de la lucha política se inscribe en las experiencias de las luchas anteriores en las filas del yrigoyenismo, el anarquismo, el comunismo y el socialismo. Sin embargo, este canto colectivamente celebrado está muy lejos del tono épico y acartonado de algunas de estas experiencias anteriores y, además, está fuertemente marcado por la masividad y una profunda vocación nacional.

Los cantos y consignas de las jornadas de octubre expresaron la claridad con que los manifestantes identificaban el campo propio y el del adversario. Pero esta claridad no se manifestó en formas rígidas y solemnes, sino que irrumpió con las características de los géneros cómico-serios propios de lo que Bajtín define como una concepción carnavalesca del mundo. Esto no es un rasgo menor sino que se vuelve constitutivo de gran parte de las prácticas discursivas del peronismo, básicamente, orales y, muy especialmente, marcará el carácter de la interacción entre Perón y la multitud la noche del 17 de octubre.

El diálogo de Perón con la multitud

En su análisis de la alocución de Perón del 17 de octubre, Emilio De Ípola sostiene que “ateniéndose al contenido lato de ese discurso, lo que en él aparece como más significativo es, justamente, su notoria insignificancia” (De Ípola 1982 en Torres 1995: 131-132). En general, los testimonios de los participantes del 17 de octubre abundan en detalles de las acciones previas y son muy sucintos respecto del momento del discurso. Ángel Perelman dirigente metalúrgico, autor de uno de los más famosos y citados testimonios de la fecha, le dedica apenas tres frases al discurso de Perón: “al filo de medianoche, después que Ávalos y Mercante intentaron hablarnos inútilmente –la multitud se negó a escucharlos-, apareció Perón en los balcones de la Casa de Gobierno. Habló poco. Las aclamaciones y la alegría con que fueron recibidas sus palabras no son para olvidar fácilmente. Empezamos a regresar a nuestras casas” (Perelman 1961: 77). Justamente, lo más significativo de este discurso no está en su “contenido lato” sino en la interacción misma, en el diálogo con la multitud, en el contacto entre Perón y los trabajadores, básicamente, en la “función fática”.

En la tarde del 17 de octubre, con la multitud enardecida colmando la Plaza de Mayo, Ávalos planeaba estrategias para tranquilizarla y desconcentrarla. Le ordenó a Mercante que les hablara. Mercante tomó el micrófono y dijo: “el general Ávalos...”. No pudo continuar, la silbatina fue ensordecedora. Ávalos intentó tomar el micrófono y bastó que el locutor lo anunciara para que se recrudeciera la rechifla. Esto se reiteró en varias oportunidades. También apareció Colom, el director del diario La Época, se presentó enarbolando un periódico, de esta manera, la gente lo reconoció y lo aplaudió. Apenas pudo decir que Perón estaba bien y que pronto estaría en la Plaza de Mayo. Y esto no era, justamente, el mensaje que Ávalos quería dar a la multitud. En otro momento de esa caótica tarde, Antille (radical santafecino, ex Ministro de Hacienda) quiso dirigirse al pueblo como “delegado del coronel Perón ante el general Farrell”; pero la gente seguía insistiendo: ¡Perón! ¡Perón! (Luna 1971: 285, 290).

Recién a las 23.10 Perón apareció en los balcones de la Casa Rosada “desencadenando la mayor explosión de entusiasmo colectivo jamás conocida en la historia argentina” (De Ípola 1982 en Torres 1995: 138). Sebastián Borro, que estaba ahí, declara: “para mí, la Plaza de Mayo tembló” (revista Apuntes, número 16, octubre-diciembre, 1997, pp. 15-16). Perón vio por primera vez a la multitud que colmaba la plaza, con antorchas improvisadas con diarios, palos y carteles. “Empezó entonces una curiosa pantomima, algo realmente único en los anales políticos de cualquier país. El gentío no estaba apurado por escuchar a su amado: por ahora, simplemente quería mirarlo, aclamarlo y comprobar que estaba a su lado. El esfuerzo de toda la jornada requería compensarse alargando el final, como un acto de amor sabiamente regulado. Seguía alzándose el griterío desde todo el volumen de la plaza. Algunos haciendo malabarismo debajo del balcón, alcanzaban una bandera argentina a Perón (‘Con Perón y con Mercante/ la Argentina va adelante’), que la tomó y la hizo flamear entre la clamorosa ovación de la multitud. Después otra bandera para Farrell. Luego llegaron unas flores. Un inescuchado locutor seguía reclamando silencio para que el presidente empezara su discurso pero el bochinche seguía, exaltadamente, inconteniblemente. Una y otra vez Farrell y Perón debieron abrazarse (‘Farrell y Perón/ un solo corazón!’) y Quijano también tuvo que participar en el juego (‘Perón encontró un hermano/ Hortensio Jota Quijano!’). Así, diez minutos, un cuarto de hora” (Luna 1971: 292).

Con dificultad por las constantes interrupciones del público, Farrell anunció entre vítores y aclamaciones las nuevas medidas tomadas por el gobierno e hizo la presentación de Perón. El clima era de gran desorden. La multitud allí reunida se manifestaba impaciente e insurrecta. El locutor que anunciaba la palabra de Perón pedía “el mayor de los silencios” y este reclamo se expresaba también en gritos aislados entre el público que exigían “¡silencio!”. El locutor invitó al público a entonar el Himno Nacional Argentino. Perón se retiró del balcón durante su ejecución. Años más tarde le comentará a Félix Luna: “imagínese ni sabía lo que iba a decir... ¡tuve que pedir que cantaran el Himno para poder armar un poco las ideas! Y así salió aquel discurso” (Luna 1971: 343). Perón volvió a salir al balcón mientras el clamor de la multitud por su presencia era ensordecedor. Su primera palabra, con la que nombra e interpela a su interlocutor, es: “¡Trabajadores!”, la cual es recibida con júbilo prolongado por los obreros concentrados en la plaza.

En encuentros masivos como este, las reglas acerca del uso de la palabra y la toma de turnos son diferentes a las de los diálogos, trílogos o polílogos (entre grupos reducidos). Acá Perón es quien tiene la palabra y monopoliza el turno; pero también la multitud se hace escuchar. Esta interacción tiene características asamblearias. El público participa

activamente del diálogo (y no solo con intervenciones retrocanalizadoras). La multitud interrumpe constantemente el discurso de Perón, con cánticos y gritos colectivos o con gritos dispersos. En algunos momentos, lo obligan al propio Perón a pelear por el turno, lo interpelan, le imponen temas. Y en el marco de este intercambio ocurre la negociación de representaciones de ambos interlocutores (un sujeto individual y uno colectivo):

Perón: *Esto es pueblo. Esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la tierra madre, al que hemos de reivindicar. Y hemos...*

Público: *Estallido popular en gritos y vítores. ¡Perón! ¡Perón! ¡Es el pueblo de Perón!*

Perón: *Es... Es el pueblo de la Patria.*

Ante la definición de Perón, la multitud irrumpe mediante una intervención intercalada suplidora. Perón responde al grito de la multitud y lo resignifica.

Veamos la siguiente secuencia:

Público: *Estallido popular en gritos y vítores. ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?*

Perón: *Preguntan... Preguntan ustedes dónde estuve.*

Público: *¡Sí! (al unísono).*

Perón: *Estuve realizando un sacrificio que lo haría mil veces por ustedes.*

Público: *Estallido popular en gritos y vítores. ¡Qué no se vaya! ¡Qué no se vaya! ¡Qué no se vaya!*

Perón: *No quiero... No quiero terminar sin lanzar mi recuerdo cariñoso y fraternal a nuestros hermanos del interior que se mueven y palpitan al unísono con nuestros corazones, desde todas las extensiones de la patria.*

Público: *Estallido popular en gritos y vítores.*

Perón: *A ellos... A ellos, que representan el dolor de esta tierra, vaya nuestro cariño, nuestro recuerdo y nuestra promesa de que en el futuro hemos de trabajar a sol y a sombra por que sean menos desgraciados y puedan disfrutar mejor de la vida.*

Público: *Estallido popular en gritos y vítores. ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? (al unísono). Murmullos cercanos al micrófono. ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? (gritos aislados) ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? (al unísono) (40').*

Perón: *Y ahora... Y ahora, llega como siempre, para vuestro Secretario de Trabajo y Previsión, que fue y que seguirá luchando al lado vuestro por ver coronada esta obra que es la ambición de mi vida, que todos los trabajadores sean un poquito más felices.*

Público: *Estallido popular en gritos y vítores.*

Perón: *Esta hora es la hora del consejo.*

Público: *¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? (distintas voces individuales).*

Perón: *Que lo doy con mi corazón tan abierto como puede presentarse a una cosa que uno tanto ama: el pueblo.*

Público: *Estallido popular en gritos y vítores. ¿Dónde estuvo? (grito aislado).*

Perón: *Ante tanta nueva insistencia les pido, les pido que no me pregunten ni me recuerden cuestiones que yo ya he olvidado.*

Público: *Estallido popular en gritos y vítores.*

Perón: *Porque... porque los hombres que no son capaces de olvidar, no merecen ser queridos y respetados por sus semejantes (enfervorizado).*

Público: Estallido popular en gritos y vítores.

Perón: *Y yo aspiro... Y yo aspiro a ser querido por ustedes...*

Público: *¡El pueblo con Perón!*

Perón: *Y no quiero empañar este acto con ningún mal recuerdo.*

El público lo interpela acerca de un tema del cual Perón no quiere hablar (en las negociaciones previas a su salida al balcón se había comprometido a no referirse a su prisión y a ordenar la disolución pacífica de la manifestación). Esta interpelación constituye una iniciativa, es decir, un acto destinado a provocar una reacción en el interlocutor, en este caso, una respuesta verbal. Y se trata de una iniciativa directa fuerte (es decir, sin efectos atenuadores). Frente a la pregunta: “¿dónde estuvo?”, Perón produce reacciones autoconectoras que le sirven para evadir la respuesta a la pregunta (continúa con lo que estaba diciendo antes de la interrupción sin contestar a la voz de la multitud). Después responde con evasivas, con generalidades que no convencen a un público que quiere saber. Y la multitud repregunta una y otra vez hasta que Perón enfervorizado y severo concluye con una breve zona didáctica entre el reto y el sermón, seguida de una declaración del anhelo de ser querido por el pueblo.²

El enunciador se ubica, de a ratos, en el lugar del padre (o “del hermano mayor”) que aconseja y recomienda; y, por momentos, en el del sacerdote o del maestro que prescribe y enseña. Se trata de una interacción intensa en la que se manifiesta ampliamente el sujeto pasional. Se multiplican las expresiones de sentimientos y la conmoción frente al momento y los días previos.

Con gran familiaridad, confianza y cercanía, un poco más tarde, el público clama: “¡Qué se case con Evita! ¡Qué se case con Evita! ¡Qué se case con Evita!”, a lo que Perón responde, en voz baja y sonriendo: “¡Ya es mucho!”. El público no se conforma y continúa con el reclamo. Y este reclamo también tiene la forma de una iniciativa directa fuerte. Tras la tensión que produce la interpelación de la multitud a Perón con el insistente “¿dónde estuvo?”, vuelve la atmósfera festiva en la que se acorta la distancia y aparecen la camaradería y la complicidad.

Hacia el final de esta interacción intensa y apasionada, el grito del público clamando: “¡Fiesta de Perón! ¡Fiesta de Perón!”, constituye una intervención intercalada reclamadora de turno y tiene la forma de un enunciado acabado, es decir, la multitud dice lo que quiere decir, sin respetar el turno en vigor. Perón produce una reacción colaborativa mediante la cual accede al pedido: “por esta única vez, ya que nunca lo pude decir como Secretario de Trabajo y Previsión, les pido que realicen el día de paro festejando”. La consigna “fiesta de Perón,/ ¡qué trabaje el patrón!” puede interpretarse como una respuesta a la provocación de los patrones cuando, con Perón preso, mandaban a los obreros a cobrarle el feriado del 12 de octubre a Perón; y, junto a “mañana es San Perón” exhiben las características de los géneros cómico serios propios de la percepción carnavalesca del mundo a los que me referí antes.

PERÓN: MILITAR Y CIVIL

En este manifiesto se tematiza el tránsito del militar al civil. Primero, Perón proclama la renuncia a su título de general y explica la decisión diciendo: “lo he hecho porque quie-

² Pocos meses más tarde (en febrero de 1946), Perón publicará un folleto titulado “¿Dónde estuvo?” en el que relata las jornadas de octubre bajo el seudónimo de Bill de Caledonia.

ro seguir siendo el coronel Perón. (...) Y ponerme, con este nombre, al servicio del auténtico pueblo argentino”. En este punto es interrumpido por la multitud que grita “¡Presidente! ¡Presidente! ¡Presidente!”. Y a continuación Perón avanza aún más en la proclamada renuncia a los altos cargos militares: “Cuelgo el honroso y sagrado uniforme que me entregó la Patria, para vestir la casaca del civil y mezclarme en esa masa sufrida y sudorosa que elabora el trabajo y la grandeza de la patria”. En el transcurso de pocos minutos pasa del anuncio de la renuncia a los altos cargos militares a la proclamación de su conversión a la vida civil, para terminar despidiéndose del Ejército: “con esto doy mi abrazo final a esa institución que es el puntal de la Patria: el Ejército”. Algunos minutos más tarde expresa: “señores, quiero en esta oportunidad, como simple ciudadano, mezclado en esta masa sudorosa, estrecharlos profundamente contra mi corazón”. Sin embargo, inmediatamente después reaparece el coronel Perón: “Que sea desde esta hora, que será histórica para la república, el coronel Perón un vínculo de unión que haga indestructible la hermandad entre el pueblo, el ejército y la policía”, recuperando el clamor del público. En momentos de reivindicar la institución del Ejército, de entre la multitud le habían pedido un rato antes que incluya también a la policía. El jefe de policía, hasta la renuncia de Perón, el coronel Filomeno Velasco era su amigo y también había sido objeto del desprecio de la oposición, que, en sus manifestaciones, solía cantar: “¡qué risa! ¡qué asco la cara de Velasco!”. La mayoría de los policías apoyaban a Perón, quien en los últimos meses les había elevado los sueldos y mejorado las condiciones de trabajo, y su participación en el 17 de octubre había sido considerable. Velasco fue el responsable de revertir la orden de reprimir a los trabajadores a cambio de un dejar hacer que, en muchos casos, terminó en un franco apoyo a los manifestantes peronistas. Tras el reconocimiento de Perón, el público aclama a Velasco. Además de Perón, es el único otro sujeto individual vivado por la multitud durante el discurso. Hacia el final, con un nosotros inclusivo por medio del cual el enunciador se “funde” con su enunciatario, se configura como civil: “todos nosotros, simples ciudadanos”. Sin embargo, se trata de una representación inestable, los vaivenes del militar al civil y del civil al militar son indicativos de una identidad voluble, en construcción.

En el marco de esta búsqueda de un discurso civil, con sus idas y vueltas, se deslizan figuras claramente relacionados con la retórica castrense como: “unidad espiritual de las verdaderas y auténticas fuerzas de la nacionalidad y del orden”. También se sostienen temas y motivos característicos del discurso militar como la ofrenda de la propia vida en la contienda: “luchar codo con codo con ustedes, hasta quedar exhausto, si es preciso” (mechado aquí con una fórmula propia del habla cotidiana: “codo con codo”). En otros casos, resignifica términos alejándose del sentido que estos tienen en el discurso militar y para gran parte de los grupos dirigentes de la Argentina: “al amar a la Patria no amaremos sus campos o sus casas, amaremos a nuestros hermanos de nación”.

En la misma línea que otros discursos de Perón de este período, una y otra vez se expresa la voluntad de evitar la violencia y la ira de los trabajadores. La insistencia en la voluntad de orden y pacificación es correlativa a la rebeldía de los trabajadores que irrumpen en la vida pública como nunca antes en la historia argentina.

También aparecen términos típicos del habla cotidiana del porteño, motivos clásicos del tango como “mi pobre vieja”, a partir del cual construye una analogía entre el pueblo y la madre (a quien hace referencia tres veces, a lo largo de este discurso y esto es una marca distintiva ligada a la tensión del momento y a la afectividad que se expresa, que no se reproduce en otros manifiestos): “Por eso hace poco les dije que los abrazaba como abrazaría a mi madre, porque ustedes habrán tenido los mismos pensamientos y los mismos dolores que mi pobre vieja habrá sufrido en estos días”. Remite aquí a una

anterior referencia suya a la madre dentro del mismo discurso: “señores, quiero en esta oportunidad, como simple ciudadano, mezclado en esta masa sudorosa, estrecharlos profundamente contra mi corazón, como lo podría hacer con mi madre”. Alguien del público, cercano al balcón, grita en ese momento: “¡Un abrazo para la vieja!”. El carácter de las intervenciones del público expresan espontaneidad y desparpajo en la relación dialógica de la asamblea. Por último, alude de otra manera a la madre con la siguiente figura: “Esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la tierra madre, al que hemos de reivindicar”.

LA CONSTITUCIÓN DE UN MODO DE CONTACTO

Si analizamos la estructura de la interacción entre Perón y el pueblo en la Plaza de Mayo el 17 de octubre, aparecen las secuencias de apertura y de cierre abarcando casi la totalidad de la misma. En la apertura se establece el contacto “físico” (la gente le acerca a Perón sus regalos: una bandera, un ramo de flores) y psicológico entre los interlocutores, se define la situación, se tematiza el encuentro y se lo representa como “una verdadera fiesta de la democracia”, se desarrollan los rituales confirmativos (saludos, mutuas manifestaciones de afecto y de lealtad y placer por esta interacción). La apertura es el ámbito de la validación interlocutoria, los interlocutores producen signos del compromiso mutuo. Lo peculiar de esta interacción es que esta secuencia abarca casi la mitad del discurso. La secuencia de cierre empieza cuando Perón anuncia la finalización del encuentro (“no quiero terminar sin lanzar mi recuerdo cariñoso y fraternal a nuestros hermanos del interior”), y continúa con los consejos, agradecimientos, advertencias, saludos y promesas de continuar la lucha. El cuerpo de la interacción resulta impreciso e incierto. En términos de la retórica clásica, justamente, el exordio y el epílogo (la apertura y el cierre) son las partes de la *dispositio* que están más vinculadas a la dimensión pasional.

La palabra de Perón está lejos de ser unidireccional y monológica. Resulta, entonces, que la importancia del discurso del 17 de octubre, como ensayo de un modo de contacto, sólo se vuelve accesible en la medida en que se lo analiza como interacción.

La palabra de Perón y la de la multitud se inscriben en dos interdiscursos diferentes que, en el marco de la relación dialógica institucionalizada el 17 de octubre, irán configurando un interdiscurso compartido. El vínculo principal son las referencias nacionales, los símbolos patrios (el himno, la bandera), el tango, el interior del país.

Indudablemente constituyó una interacción novedosa, fue el ensayo de un modo de contacto que luego se estabilizó. Este diálogo entre Perón y la multitud inauguró un ritual político inédito en la historia argentina.

BIBLIOGRAFÍA

- APUNTES, número 16, Buenos Aires, octubre-diciembre, 1997.
BAJTÍN, Mijaíl M. (1979) “Problemas de la poética de Dostoievski”, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
LA MARCHA. LOS MUCHACHOS PERONISTAS, números 1 y 4, setiembre y noviembre, 2004.
LUNA, Félix (1971) “El 45. Crónica de un año decisivo”, Buenos Aires, Sudamericana.
PERELMAN, Ángel (1961) “Cómo hicimos el 17 de octubre”, Buenos Aires, Coyoacán.
TORRE, Juan Carlos (comp.) (1995) “El 17 de octubre de 1945”, Buenos Aires, Ariel.